

CAPÍTULO XIII

Mercedes la tapatía

Era una mujer robusta, fresca, garbosa, arrogante, llena de gracia y simpatía; tenía veintiocho años, estaba en esa edad en que la mujer llega al apogeo del desarrollo corporal y adquiere cabal redondez de formas y completa soltura de movimientos. Mercedes parecía el deseo hecho carne; no era muy bonita, pero sí muy bella; su belleza era del género plástico y sensual é irradiaba en su tez fresca y en sus tibias y palpitantes carnes. Su piel era de un color moreno, limpio y uniforme, de suaves tonos y aterciopelados matices; sus ojos eran grandes, negros y llenos de dulzura, atenuando así el aire de dureza que las negras y pobladas cejas tendían á dar á su fisonomía; largas pestañas orlaban sus párpados, dando languidez á su mirada; los labios de Mercedes eran gruesos, carnosos, y se movían con gracia indescriptible cuando los animaba la conversación ó los contraía la risa.

La risa era lo que más la favorecía: entonces su cara parecía irradiar, y lucía en todo su esplendor su dentadura blanquísima, formada de diminutos dientes. Su estatura era alta, y la robustez de sus hombros y el desarrollo de su busto imprimían á su cuerpo la majestad de una Juno.

En su mejilla derecha había un lunar negro que le agraciaba mucho, que era el deleite de sus apasionados,

que había inspirado coplas á más de un poeta, y había sido el depósito de los besos ardientes de más de un amante.

Como lo advertía su apodo, era nativa de Guadalajara. Había nacido y crecido en aquella ciudad hermosa, y había en su trato la jovialidad, la graciosa desenvoltura y la viva simpatía que es propia de las hijas de aquella tierra.

El alma de Mercedes había apurado la hez de varios desengaños, y su tierno corazón había sufrido crueles heridas. La situación en que estaba no era ciertamente la honesta, en que ella soñó á los quince años, mas pasóle lo que á otras: fué más desgraciada que culpable, y la víctima de desgracias propias y faltas ajenas.

Sus padres eran gente de trueno, y de lo que menos se curaron fué de la educación de aquella pobre muchacha, que, para su mayor desgracia, nació inclinada al bien, dotada de alma noble y generosa y de índole sencilla y apasionada.

Allá por el año de 1872 los padres de Mercedes tenían una cantina en uno de los barrios más populosos y alegres de la metrópoli jalisciense. Aquella cantina atraía un número crecido de parroquianos de buen humor, zumbones y despreocupados, que iban allí en busca de solaz y esparcimiento, seducidos por las excelencias del tequila y deslumbrados por el fulgor tropical de los lindos ojos de *Merchi*, como llamaban cariñosamente á la linda Mercedes, que en la primavera de los diez y seis años, lucía entonces, en su persona, todo un florido vergel de gracias y atractivos.

Los padres de la muchacha, á fuer de mercachifles, no pensaban más que en el auge de la casa, cimentado en el regocijo de los consumidores. Era necesario contentar á los marchantes, tener grata á la parroquia, y como la tal parroquia gustaba mucho de la bella *Merchi*, la pobre chica, mal de su grado muchas veces, tenía que dar tertulia á los bebedores de aguardiente, escanciándoles el brebaje y soportándoles á menudo sus patochadas y dicharachos.

La cantina solía cerrarse á las once de la noche, mas era común que un grupo de parroquianos íntimos siguiera bebiendo á puerta cerrada y festejando las gracias de la muchacha. Entre otras habilidades, la chica punteaba la guitarra con maestría y cantaba con voz dulce y melodiosa.

Sucedía no pocas veces que la tertulia de media noche se convertía en concierto vocal é instrumental, en que Mercedes hacía el principal gasto, entonando con su dulce voz cantatas de la tierra, melancólicas y sentimentales unas veces, y otras chispeantes y alborotadoras.

Entre los tertulianos había algunos estudiantes, y la niña tuvo la desgracia de enamorarse perdidamente de uno de Medicina, mocetón de veinticuatro años, que estaba á punto de concluir su carrera, y la desdicha, aun mayor, de haber escogido muy mal el objeto de su amor, pues su novio no buscaba en los amores de Mercedes más que diversión y pasatiempo, tomándolos á la ligera, y deleite exquisito y barato tomándolos en serio.

Por desgracia, siguieron este último curso. El afortu-

nado galán fraguaba para el porvenir planes muy distintos de los que podían convenir á la inocente Mercedes. Era de una familia rica de Ciudad-Guzmán, y esperaba recibirse, para ir á casarse á su tierra con una muchacha más rica que él.

Como lo pensaba lo hizo; apenas se recibió, fué por la posta, y ojos que te vieron ir... La chica sufrió lo que no es decible por tan cruento desengaño, perdió su buen humor, su encantadora alegría y hasta su buena salud; su voz, apacible y fresca, cantaba pocas veces, como no fuera para entonar canciones desgarradoras como la negra pena que devoraba su alma.

Pasaron dos años y el tiempo ejerció en Mercedes su saludable influjo. No había olvidado, pero se resignaba; accesos de ruidosa alegría solían interrumpir su melancolía habitual, y la excelencia de su temperamento acabó al fin por sobreponerse al dolor. Se repuso, sus formas recobraron la antigua redondez, sus mejillas volvieron á lucir la frescura de otros días, y el velo de tristeza que amortiguaba su mirada fué poco á poco rasgado por placenteros fulgores.

Entonces le tocó á ella inspirar, sin pretenderlo, una pasión de buena índole; se prendó de Mercedes un capitán de caballería, que poco á poco fué conquistando la voluntad, ya que no el amor, de la muchacha. Esta, que llevaba en su corazón la honda huella de su pasión funesta, desoyó por mucho tiempo las tiernas insinuaciones del Capitán, el cual se condujo con tal tinó y con delicadeza tal, que Mercedes acabó por darle oídos, no obstante el propósito que había hecho de no hacer caso

de ningún hombre, pues en todos veía poco menos que monstruos falaces y traidores.

A medida que el Capitán se enardecía, la moza se domesticaba; y como la solicitaba por la buena, acabó ella por decirle que jamás le daría el tan requerido «sí» por haber para ello un obstáculo insuperable. Como era consiguiente, se obstinó el Capitán en que le dijera qué obstáculo era aquel, y ella entonces, entre reticencias, pucheros y lágrimas, le reveló el amor pasado, lo del susodicho estudiante, y la mancha que el tal amor dejara como indeleble estigma en la persona y honra de Mercedes.

Por lo pronto hizo mal efecto al pretendiente aquella revelación, mas pensándolo mejor y espoleado por la pasión, le encantó la lealtad de Mercedes y le conmovió su desgracia. Renovó, pues, sus pretensiones con tal porfía, que vencidos por fin los últimos escrúpulos de Mercedes, llegó á ser á los dos meses la esposa legítima del bravo Capitán.

La joven fué inagotable manantial de ventura para su marido, á cuyo hogar llevó la lozana alegría de su festivo carácter. Sentía por aquel hombre una estimación profunda, cimentada en la gratitud y fortalecida por las excelentes dotes, que, á influjo del cotidiano trato, en su marido descubría. Agradecíale mucho que, sabedor de su falta, la hubiese tratado con el decoro y honestidad que si hubiera sido inmaculada; agradecíale mucho que hubiese abierto ante ella las puertas de un hogar honrado, escudándola, con el antemural de un afecto legítimo, de las asechanzas á que su juventud, gracia y belleza tan frecuentemente la exponían.

Propúsose consagrarse del todo á hacer la felicidad de su marido. El había logrado conmovérsela, refiriéndole su historia, no escasa en desventuras, dándole á conocer un pasado lleno de soledades sombrías. Háblola de la horfandad y desamparo de sus primeros años, de los trabajos que pasó en su adolescencia, de las dificultades con que conseguía un triste mendrugo de pan. Muy bien conocía él la miseria y las humillaciones á que expone. A los diez y seis años ya había sido criado en varias casas, mozo en algunas tiendas y aprendiz de no pocos oficios.

Mas en nada había podido fijarse: á los veinticuatro años era cajista en una imprenta; entonces le sedujo la carrera de las armas, tomó parte en la campaña contra franceses é imperialistas, militando en el ejército de Occidente. Con el grado de teniente concurrió al memorable sitio de Querétaro, y al triunfar los republicanos ascendió á capitán.

Divertía á Mercedes contándole episodios de sus campañas: había caminado por varios Estados de la República, conocía el de Jalisco como si fuera su propia casa, había estado de guarnición en muchas poblaciones de importancia y en la misma capital de la República.

Mercedes se extasiaba cuando su marido le hablaba del mar y de México. «Figúrate, le decía, una infinidad de agua que se extiende por todos lados hasta perderse de vista, allá lejos, muy lejos, donde se junta con el cielo, que, poco á poco, ha ido bajando hasta confundirse con ella. Esa inmensidad de agua está constantemente alborotada por olas, que se agitan sobre ella, sin que se sepa de dónde vienen ni adónde van; aquello es como un her-

videro, como una continua aparición y desaparición de montoncitos de cristal. Mas cuando el mar se embravece los montoncitos de cristal se vuelven montañas, masas espumosas y amenazantes, que chocan unas con otras con un fragor que aturde, como el estruendo de cien cañones disparados á un mismo tiempo.»

Hablando de México, le decía: «Es una ciudad más grande y más bonita que Guadalajara. ¡Si vieras el lujo de la calle de Plateros, los muchos coches del paseo de Bucarelli, y el orden con que desfilan; si vieras la mucha gente que se junta en el mercado del Volador, que está á un ladito de la plaza, y los paseos de Santanita, adonde van, bogando por el canal, muchas grandes canoas llenas de inditas é inditos, que á los sonos del arpa y coronados de flores bailan el jarabe!»

Otras veces le contaba sus grandes desengaños: al terminar el sitio de México tenía él veintiséis años, entonces se enamoró por vez primera de una muchacha que le pagó del modo más cochino. Ya había dado todos los pasos para casarse con ella, cuando su novia se volvió ojo de hormiga; se había dejado seducir por un rico, prefiriendo la dorada infamia á la dicha honrada y modesta que él la ofrecía.

Mercedes pasó al lado de su esposo dos años, que, según ella recordaba después, fueron los más tranquilos y apacibles de su vida. La muerte le arrebató á su compañero, dejándola viuda y madre de una niña de seis meses. Aquí empezó para esta pobre mujer un período infelicísimo, en que no la seguiremos; baste decir que la suerte inexorable quebrantaba sus mejores propósitos, que ya no le fué

dado consagrarse á un solo hombre, sino que entregada de lleno á una vida azarosa, sufrió en su dignidad heridas tan crueles como las que antes recibiera en su corazón.

En este triste período, su modo de vivir estaba sujeto á frecuentes alternativas. Cuando daba con un amante liberal vivía con cierto desahogo, mas terminaban las pasajeras relaciones, unas veces por cansancio de él, otras por disgusto de ella; y entonces luchaba cuerpo á cuerpo con la miseria, hasta que vencida y agobiada tomaba un amante nuevo, por más que cada vez que quebrantaba sus relaciones, formara el firme propósito de morir de hambre antes que contraer otras.

En esos luctuosos días se rompieron para ella todos los lazos de afecto. Murieron sus padres, murió la chiquita que le había quedado como recuerdo de los serenos días de su felicidad, y sin ser alguno que la amara ni á quien amar, quedó su alma destrozada y sin esperanza de días felices.

Recordaba con amargura los sucesos que poco á poco fueron haciendo miserable su vida, y estrechando sus horizontes. Cuando cayó la primera vez fué á impulso de la impetuosa pasión que sentía. No se arrepintió de esta falta, ni aun la tuvo por tal, lamentando sólo la ingratitude del que la indujo á ella. Su segundo amor la rehabilitó, fué la página blanca de su historia.

La tercera vez... ¡Ah! fué su primera vergüenza, entonces cayó en el lodo, y quedó en su alma una mancha tan indeleble, como la ensangrentada que mancilló las manos de Lady Macbeth; en esa vez cayó por olvido, por

ofuscación, por hastío, ¿quién sabe? tal vez por impulso sensual é irreflexivo de su naturaleza ardiente.

Después... ni recordarlo quería; le tocó recorrer la vía dolorosa de la degradación y del envilecimiento, y la había recorrido cayendo y levantando, y cada caída, aunque era más afrentosa, le dolía menos, pues su sensibilidad iba poco á poco embotándose.

Primero había pertenecido á hombres amados ó amantes; ahora pertenecía simplemente á hombres que la tomaban en alquiler. Uno de tantos la trajo á México, al principio la gran ciudad proporcionó impresiones nuevas á su alma encallecida, despertando también en ella el amargo recuerdo de su honesta vida conyugal.

En una de las temporadas en que la pobre mujer estaba desalquilada, y sufriendo los horrores de la miseria, se encontró con el General López; vióla éste en la calle, y quedó prendado de su garbo, y de la arrogancia y soltura de sus movimientos.

El General, tan entendido en negocios como en mujeres, comprendió que Mercedes era presa á su alcance y bocado de exquisito sabor. La siguió un rato, deleitándose con los movimientos de Mercedes, como hubiera podido deleitarse con el gallardo trote de un caballo hermoso.

Después, sin perderla de vista, llamó á un cargador que le pareció inteligente, y capaz de acometer una empresa delicada; y, dándole una moneda de á cuatro reales, le dijo:

—Vas á seguir á aquella mujer, no la pierdas de vista; ¿me entiendes? cuando conozcas que ha entrado á

su casa teijas en las señas, y con la portera ó con quien puedas te informas de las condiciones y de cómo vive esa señora; ¿me entiendes? y cuando lo hayas averiguado vas al oscurecer al Hotel Humboldt, preguntas por el General López, que soy yo, me das las noticias, y según sean te daré una gratificación lo menos de dos pesos.

— Está bien, patrón, — contestó el cargador.

Y como hábil sabueso echó á andar en seguimiento del hermoso animal, en cuya pista se le había puesto. Mercedes, que sólo había salido á dar una vuelta, regresó pronto á su casa, que era una gran vecindad de la calle Ancha, en la cual ocupaba una vivienda baja y miserable.

No tuvo dificultad el cargador para desempeñar su encargo: entró al cuarto de los porteros, pretextó estar fatigado, y pidió licencia para descansar un rato; fuéle dada y se acurrucó en un rincón. Era cerca del mediodía, no tardó en llegar el marido de la casera que era aguador, el cual puso en el suelo el pesado chochocol y el cántaro, y se tiró en un petate, quejándose de calor, cansancio y sed.

— Si el *vale* quiere, — dijo el cargador, — iremos á la esquina á echar una chica.

— ¿Por qué no, manis? — contestó el aguador, que con tal oferta olvidó el cansancio, poniéndose presurosamente en pie.

— Pues vamos andando, — dijo el que había invitado, — ahí le dejo mi mula, — agregó, saliendo por delante, dirigiéndose á la casera.

El aguador se encasquetó su cachucha, el cargador se

puso el ancho sombrero de petate, que había tenido cogido con las dos manos. Se dirigieron á una pulquería llamada «Las gracias de las preciosas,» que ostentaba en sus paredes pinturas chillonas, representando bailarinas, que hacían piruetas y cabriolas.

— Eche dos chicas de pulque, vale, — dijo el cargador al entrar.

El encargado del expendio puso en el mostrador dos grandes vasos llenos del blanco líquido. El aguador bebió con ansia un poco más de la mitad.

— *Merezcasté* más, — dijo el cargador que había apurado todo su vaso.

El aguador no se hizo de rogar, apuró lo que quedaba y dijo:

— *Munchas* gracias, vale, ahora *tomarasté* conmigo y con mi *siñora* el chile y los frijolitos.

La invitación fué aceptada, y un cuarto de hora después el aguador, su mujer y el convidado saboreaban las tortillas, el picante y los frijoles; mientras que un jarro de abultado vientre, lleno de pulque, pasaba de mano en mano, dejando parte de su contenido en las fauces de cada uno.

Un perro corriente, legañoso y de oscuro pelaje, estaba cerca de ellos, y seguía con ojos ávidos los movimientos de las manos. A poco todos eran de confianza, el cargador comenzó con aire indiferente á hacer preguntas sobre los vecinos en general, y luego sobre la persona de quien quería tomar informes.

Adquirió cuantos deseaba; la portera, entre bocado y bocado, le fué diciendo: que aquella señora era muy

buena persona, que era de Guadalajara, que se llamaba Mercedes, que vivía allí hacía cuatro meses, que la había llevado un señor decente que le daba todo lo necesario, y que la puso en una de las viviendas de arriba; que la niña Mercedes era muy buena, que ella (la portera) le hacía los mandados cuando no tenía criada, que algunas veces la encontró llorando, y que ella (la portera) le preguntaba con maña, no por meterse en vidas ajenas, sino por consolarla; pero que la niña era muy callada y nunca le pudo sacar palabra; y en fin, para no hacer el cuento largo, que el señor y la niña Mercedes se enojaban muy seguido, hasta que uno de tantos días, en que se disgustaron *muy fuerte*, el señor no volvió.

Que la pobre niña empezó á pasar trabajos, que se pasó á una vivienda de abajo que era de las más *fieras*, que fué vendiendo poco á poco todos sus trebejos, que un día vino un gachupín, dueño de un bazar y empeño de la calle de San Juan, y que por una miseria que le dió se llevó hasta el catre; que ella (la portera) le empeñaba casi todos los días algún trapito; pero que se le *afiguraba* que ya no le quedaba más que lo encapillado; que á ella (á la portera) le daba mucha lástima, y que algunas veces ni le quería recibir el *claco* del mandado.

Y que la niña era muy buena, muy hacendosita, muy metida en su casa, que no tenía entrantes ni salientes, que no se metía con alma nacida y pasaba sus trabajos calladita la boca.

Y así, charla que charla y bebe que bebe, pasaron aquellas buenas gentes casi toda la tarde. El cargador, queriendo corresponder á la amable hospitalidad que se

le brindó, fué varias veces á la pulquería á llenar el jarro; á las cinco se despidió, muy satisfecho de su diplomacia, y se fué á esperar al patrón para darle cuenta de su encargo. El General López llegó á eso de las seis, el cargador se le acercó quitándose el sombrero, y, cogiéndolo con las dos manos como si fuera una bandeja, le dijo:

—Aquí estoy, mi jefe.

El General lo llevó á su cuarto, y escuchó con grande interés los informes que esperaba; los cuales le dejaron muy satisfecho, pues puso cuatro duros en manos del cargador.

—Gracias, patrón, — contestó éste; — cuando algo se le ofrezca, me manda buscar á la esquina de la Merced, no más que pregunten por el viejo Antonio.

El General estaba radiante, su buen ojo no había fallado; sospechó que aquella guapa hembra era de historia y los hechos comprobaron su conjetura. Con su peculiar actividad lanzóse á la conquista de aquella hermosa, que á los quince días era propiedad del General López, quien la tomó á su cargo, por su cuenta y riesgo, y durante un tiempo indefinido.

CAPÍTULO XIV

Buena fortuna de Patillitas

Esta era una casita entresolada y mona, con sus dos ventanas enverjadas, con alegre fachada vuelta al Oriente, sus macetas en el patio, su cadena, picaporte y cam-

panilla en la puerta del zaguán, y situada en la calle del Carmen. En la cual casita pasaba las monótonas horas de su vida, desde que era prenda del General López, nuestra conocida Mercedes. Si creyéramos á pie puntillas en cierto refrán, el hombre á cuyo tierno yugo estaba sometida la tapatía debía ser excelentísimo, pues poseía las tres eses, siendo como era feo, fuerte y formal.

La pobre mujer contrajo aquellas relaciones, por los mismos motivos que la habían inducido á admitir otras. El General, después de haber tenido con ella varias entrevistas en que desplegó su acostumbrada diplomacia, propuso las bases del convenio, que no podían ser más sencillas.

El atendería á las necesidades de Mercedes, y ella había de serle complaciente y fiel.

—Señora, — le dijo, cuando hubo llegado el momento de hablar en plata, — ridícula fuera mi pretensión, si yo aspirara al amor de usted; peino los sesenta, y usted de fijo no llega á los treinta; soy tan feo como usted hermosa, mas no por eso dejo de ser sensible á sus encantos, y en cambio de los pequeños servicios que le ofrezco, no le pido más que su condescendencia, rogándole encarecidamente, que lo que tenga á bien concederme, lo haga mostrando buena voluntad, que yo procuraré ser lo menos molesto que se pueda.

Mercedes, después de los escrúpulos y resistencias de cajón, después de mostrarse indignada por aquellas insolentes proposiciones, acabó por aceptarlas, y por admitir aquel amante, que, casi casi, le parecía tan feo como el hambre y la necesidad.